

XIV Jornadas de Sociología: Sur, pandemia y después

Sassone Torcello, Bruno¹

El sujeto en el sujeto académico y una pregunta por la formación de los sociólogos

Resumen

Este escrito surge como parte de la actividad final de la materia *Construcción Histórica de la Subjetividad Moderna* y se plantea trabajar sobre la concepción del sujeto en los escritos de León Rozitchner a través de la indagación respecto de mi propia experiencia como estudiante universitario en la carrera de sociología.

Además me importa retomar el debate planteado en *La izquierda sin sujeto* (1966) con John William Cooke, pensando alrededor de este la construcción de la categoría de sujeto para entrelazar con las experiencias propias que también orientan lo escrito.

La pregunta por el ser sociológico, por qué significa ser un sujeto sociólogo implica tomar estas ideas y volcarlas en un breve análisis de los discursos, percepciones, imágenes, sensaciones que he transitado durante mis años en la carrera. El objetivo es entonces pensarse dentro de esta institución e intentar, a partir de las categorías presentadas en Rozitchner, comprender y explorar la formación contradictoria de una imagen y unas expectativas muchas veces inalcanzables. Me propongo esta presentación entonces, mas que como un esfuerzo por hacer currículum (que sin embargo no deja de ser relevante), como un espacio en el cual pueda abrir una discusión a veces excluida de los ámbitos académicos

¹ Lic. En Sociología en curso, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
brunosassone.bs@gmail.com

1. Incógnitas introductorias

Si “la pregunta por el ser consciente lleva implícita, en el preguntar filosófico, la pregunta por el origen” (Rozitchner, 2015), la pregunta por el ser universitario, el ser académico, es una que se (me) presenta como una incógnita respecto de la formación y el rol que esta cumple en la constitución de los estudiantes de sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, donde el relato que se construye al interior de la comunidad que transita(ba) los pasillos de Santiago del Estero 1029 influye en las percepciones que tenemos de nosotros mismos cada vez que nos preguntan por nuestra vida académica. En este momento el final de la carrera se acerca con una velocidad antes imprevista y al cursar las últimas materias, seminarios y comenzar un proyecto de investigación las preguntas sobre el lugar dentro del mundo académico comienzan a aflorar cada vez más punzantes y la intención de dedicarse al camino de investigación y docencia se encuentra bloqueado por una pregunta básica, que se preguntó durante todos los años de trayectoria en la facultad pero que, a medida que se aproxima el final, las respuestas antes dadas empiezan a sonar ingenuas y/o soberbias: *¿Qué significa ser sociólogo?*

¿Por qué siento que las previas respuestas a la pregunta, las brindadas por la mayoría de los profesores de la carrera, son ingenuas y/o soberbias? Creo que tiene que ver con cómo se percibe la labor sociológica desde el interior de la academia, a cómo se construye la imagen de le sociólogo al interior de los pasillos de la universidad y cómo esta imagen se relaciona con los primeros pasos en el mundo académico. Por un lado hay un discurso hegemónico respecto de la labor sociológica, por otro se encuentran las prácticas formativas que tienen lugar en la carrera y en un tercer lugar se ve el ámbito académico y sus reglas. Todos estos aspectos creo componen la encrucijada donde me encuentro arribando con ideas contrapuestas, con una fuerte disociación entre mi sentimiento respecto de las tareas sociológicas y como lo material de la tarea confluyen casi antagónicamente, además de ser radicalmente distintas de lo que hasta este momento viene siendo la vida como estudiante. Es decir, si al enfrascarse en esta disciplina se nos dice que la sociología es una actividad que no descansa, donde siempre debemos estar atentos... ¿Por qué se espera también que seamos expertos cazadores-recolectores de becas? ¿Por qué el mayor atributo posible es tener un número crítico de papers escritos? Si la sociología es la producción y análisis de contenidos, en el marco de una serie de lecturas teóricas que complementan y a la vez validan nuestras investigaciones, ¿Por qué se nos pide que recitemos, regurgitemos, lecturas ordenadas por las cátedras? Son muy pocas las materias que nos dan la posibilidad de trabajar libremente con los materiales, normalmente prefiriendo una forma de evaluación que es repetitiva y estática: ninguno estudiante puede encontrar o encontrarse en las lecturas de las teorías a la hora de redactar un parcial. El encuentro con los textos es demasiado a

menudo uno autopsico donde, siguiendo las instrucciones y las líneas establecidas por las cátedras, tomamos los órganos (muertos) de estos textos y los reconfiguramos con una serie de conectores cuya efectividad ya está probada, nuestro aporte como estudiantes es dar a entender que entendemos como les profesores dieron las materias y que sabemos encontrar esos elementos en los textos para mostrarlos, compararlos, describirlos. La discusión no es parte de la currícula, aunque se nos recuerde que siempre debe leerse críticamente un texto. Hay algo de etéreo, de incorporeidad en la forma que se ve la teoría que nos acompaña en nuestra posterior investigación del mundo, algo que creo se encuentra muy en línea con una fuerte desestimación del sujeto investigador en cuestión.

Esto invita a pensar sobre la inclusión de las lecturas de Rozitchner sobre el sujeto y el rol que la subjetividad tiene en el pensar. Me importa entender como la interpretación realizada por el autor sobre Marx y Freud² le ayuda a construir una teoría sobre el sujeto que se define en tanto *absoluto-relativo* (Rozitchner, 2011) y, como esto da lugar a una serie de ideas que Rozitchner explora tanto en *La izquierda sin sujeto* (2018), donde discute con John William Cooke respecto del espacio que debe darse a la subjetividad en la lucha revolucionaria y en *Filosofía y terror* (2015), donde explora los ocultos resquicios donde los pensadores pretenden dejar su subjetividad, ignorando no sólo su importancia en el proceso de pensar, sino también olvidando la influencia que esta realiza sobre el investigador durante este mismo proceso (particularmente en este texto, tomado de una ponencia realizada en 1980, refiriéndose al miedo a la muerte debido a la persecución de los gobiernos militares).

La intención es entonces entender (y describir brevemente) cómo Rozitchner construye su sujeto absoluto-relativo para luego ver la aplicación que realiza de este concepto, como entra en juego en sus otros escritos. Con esto, busco tomar esta idea del absoluto-relativo y también la reivindicación que el autor realiza respecto de la subjetividad como punto inevitable de partida, como fuente de verdad histórica anclada al cuerpo viviente y sensible, para explorar cómo esto toma forma en los puntos mencionados del mundo académico/universitario, para entender mejor de dónde proviene la disyunción sentida a la hora de enfrentarse a un mundo que se supone que viene mamando desde hace 3 o 4 años.

2. El sujeto en Rozitchner, poniendo el cuerpo en política y filosofía

Para empezar a tratar la cuestión del sujeto creo conveniente entender cómo convergen las ideas de Marx y Freud en la teoría de Rozitchner, como las lecturas realizadas por este último ayudan a construir un concepto como el de sujeto absoluto-relativo.

² Usaré principalmente *La negación de la conciencia pura en la filosofía de Marx* (2015) para entender su lectura de Marx y, para Freud, el texto elegido es *Freud y el problema del poder* (2015).

En el caso de *La negación de la conciencia pura en la filosofía de Marx* (2015), Rozitchner estudia los primeros escritos del filósofo alemán para observar cómo sus preguntas sobre la conciencia remiten a la pregunta por el origen, en tanto que el hombre en su constante creación actualiza y se mueve dentro de la pregunta radical por el origen, desde su punto de partida y su llegada que abre el siguiente punto de partida (la actualidad subjetiva como punto de inicio que luego se complementa con la determinación natural que actúa como punto de llegada). En este texto se pueden ver ideas muy particulares que construyen al sujeto a los ojos de Rozitchner (2015):

“El hombre es así la posibilidad absoluta de acercarse a la verdad siempre y cuando, y sólo únicamente así, se haga él mismo el lugar de la verdad y consolide en sí mismo los extremos de esta peligrosa dialéctica. El hombre llega a la verdad si recupera en sí mismo el ámbito de falsedad, que es la definición actual de su ser parcial” (p.103)

Esta cita remite al principal aporte que me propongo rescatar (a los fines de esta producción), que es la idea que Rozitchner toma de Marx en relación a la conciencia como algo indivisible del cuerpo humano sensible: “El lugar de la verdad debe encontrarse, por el contrario, en la dialéctica de las significaciones vividas a partir de la relación concreta con el mundo”. La crítica que realizan ambos es sobre la conciencia abstracta, “pura”, desconectada de la producción y creación humana que Marx muestra como fundante a la hora de constituirse como ser humano en tanto especie universal. Para intentar aproximarse a la verdad, para poder pensar en definitiva, se valora el punto de partida del sujeto pensante como ser humano sensible a diferencia de la idea abstraída de la razón o la conciencia como únicas fuentes de verdad posibles (principalmente por su desapego a lo sensible), Rozitchner, nuevamente nos dice:

“Que se muestra de manera sensible y reducida a un hecho intuitivo quiere decir que la fulguración luminosa de la evidencia surge por sobre la reflexión ordenada de la conciencia especulativa encerrada sobre sí misma, que este descubrimiento está inscripto como significación en la materialidad de la relación concreta, que en ella es legible, no como idea, sino como acto expresivo y activo, en el cual todo el hombre se contrae para manifestarse.” (p. 106)

Surge por sobre la reflexión de esta conciencia encerrada en sí misma, el lugar de la verdad, del descubrimiento, es el que es regido por las relaciones concretas de los actos humanos.

El hombre no puede no tomarse como el punto de partida dice Rozitchner, pero también agrega que esto no queda en su ser naturaleza (a la forma tal vez de un estado de naturaleza teórico) sino que este ser se encuentra modificado profundamente por la existencia social que le imparte un punto de partida, que le configura su actualidad socio-histórica más allá de su control. Y justamente esta referencia a la existencia social del sujeto es la que nos acerca, junto a Rozitchner, a su lectura de Freud en *Freud y el problema del poder* (2015), donde

también entran en juego las ideas respecto del lugar que tiene lo sensible en el sujeto y su conciencia, sin por esto desestimar el peso que las determinaciones sociales nos imprimen como el punto de partida desde el cual realizamos el proceso de vinculación con el mundo.

La pregunta de Rozitchner en este texto

“¿qué significan las condiciones llamadas “subjetivas” en el desarrollo de los procesos colectivos que tienden a una transformación radical de la realidad social? ¿La condición de radicalidad no está determinada precisamente por esta profundización de la repercusión en la subjetividad de las condiciones llamadas “objetivas”, sin alcanzar la cual la política está destinada a mantener su ineficacia?” (p. 79)

creo que indica algo muy similar a lo que podemos encontrar en su lectura sobre Marx. La preocupación por la transformación de la realidad social en Rozitchner no se desvincula de la subjetividad de los agentes de cambio y por eso es tan importante, parece, entender al sujeto que se encargará de realizar estos procesos. Con esta impronta, el análisis recae en particular sobre la “determinación histórica en la subjetividad” (Rozitchner, 2015), cómo entiende Freud esta internalización del poder que constituye nuestra subjetividad, nuestra conciencia. Si “lo subjetivo es absolutamente incomprendible si no se prolonga hasta alcanzar el campo colectivo de las determinaciones históricas” (Rozitchner, 2015) no debe sorprendernos que su crítica recaiga sobre el psicoanálisis y la falta de comprensión respecto de las condiciones históricas que fundan al sujeto aún más allá de sus vínculos inmediatos. Rozitchner nos invita a explorar un punto importante en la conformación del aparato psíquico desde el desenlace de la lucha edípica, el que refiere a la internalización de la conciencia del padre fagocitado como conciencia *ex nihilo* o natural, previa a todo tipo de lucha pese a ser el fruto de la más cruenta de las mismas, donde el infante se bate a muerte contra un padre-ley que le supera en poder.

Sin embargo creo que la constante que Rozitchner retoma en ambos autores, esta de una razón con cuerpo, es la que continúa hacia su planteo respecto del sujeto absoluto-relativo. Este concepto parece surgir de un entendimiento respecto de estos planteos críticos realizados por Marx y Freud, donde cuestionan tanto esta idea de una conciencia pura, desalojada de las pulsiones o sensibilidades de un cuerpo humano como la percepción del humano como sujeto cuasi epifenoménico, que surge de la tierra formado como persona, sin el duelo (y la derrota) que introduce al sujeto en sociedad en Freud o las precondiciones materiales-sociales que en Marx ponen un punto de llegada que abrirá la partida para el sujeto que comienza su relación con el mundo.

Absoluto, en tanto, el sujeto es inevitablemente punto de partida de todo pensamiento y “ser único e irremplazable” (Rozitchner, 2015). Relativo, en tanto el sentimiento de “ser absoluto” no se construye de la nada sino que responde a las condiciones socio-históricas, culturales de cada sujeto “único e irremplazable”. El círculo que Rozitchner marca en *La negociación de la*

conciencia pura en la filosofía de Marx propone estos dos extremos del sujeto que en Freud se expresan en la lucha edípica contra la ley cultural, de donde surge la conciencia de la persona socializada, consciente de sí misma y de su posición absoluta respecto del mundo (incapaz de no pensarse en él) pero que oculta las marcas de esta lucha, la derrota y la sumisión a la ley externa que ahora se muestra absoluta e interna, controlando y regulando los contactos sensibles con el mundo dentro del aparato psíquico. Entonces nos dice (2011):

“si queremos comprender al hombre concretamente, como aquél que participa de todos los procesos, que es físico-vital y cultural al mismo tiempo, se entiende que la diferenciación (su particularidad en tanto tal individuo, absoluto), debe conservar al mismo tiempo lo que tiene de relativo: relativo tanto a la estructura biológica, material, como a la estructura cultural que hizo posible su particularización” (p. 2)

Los puntos que parecen antagónicos no son tal sino que se interlocan para constituir a la persona en un sentido básico y perceptible, ser absoluto y a la vez relativo no es algo lineal o determinado sino que implica un juego dialéctico entre ambas instancias que se necesitan, se completan, se crean mutuamente. Por eso entender esta idea es tan importante para tratar los temas respecto al pensar como sujeto académico, porque somos este mismo ser que no puede salirse de la “peligrosa dialéctica” (Rozitchner, 2015) aunque busque construirse por fuera de su relación con lo material propio y lo subjetivo.

Este sujeto y sus implicancias para con los distintos aspectos de la vida puede verse en acción cuando se observan textos como *La izquierda sin sujeto* (2018) y *Filosofía y terror* (2015), en los que Rozitchner intenta poner en juego este concepto, utilizarlo para construir, modificar la lógica predominante en el campo político de izquierda y en el académico (respectivamente). En el caso de *La izquierda sin sujeto*, se apoya en la importancia de lo subjetivo para discutir las posibles líneas de acción dentro del proyecto revolucionario criticando la falta de visión de la izquierda respecto del “núcleo de irracionalidad” que implica suponer el pasaje, el llamado “salto cualitativo” de la sociedad burguesa-capitalista a la socialista, como uno dado en el proceso revolucionario sin fricción. Para Rozitchner pensar este cambio subjetivo como salto, imaginado, y no como un tránsito real que realiza cada uno hacia esta subjetividad anti-capitalista encubre las dificultades que este proceso implica para las personas, encubre en sí el trabajo necesario para que los sujetos logren salir de la lógica burguesa hacia el socialismo. La izquierda, entonces, ignora estas condiciones subjetivas (pero también materiales), lo cual hace de sus tácticas y estrategias en el proceso inadecuadas para que “la realidad vaya a la cita que nuestra racionalidad quiso darle”. La cita establecida por la racionalidad es la establecida por la conciencia pura que Rozitchner critica con Marx, la que se piensa como “un ordenamiento independiente del cuerpo que la sustenta” (Rozitchner, 2015) y, de esta forma se construye una distancia infranqueable entre los “datos objetivos” con la “realidad vivida”, la racionalidad revolucionaria de la izquierda carece de

cuerpo ya que su forma de asimilar la realidad se encuentra fundada dentro del sistema capitalista, producto de la derrota que desintegra al sujeto y le impide entenderse como completo o “centro integrador de toda referencia al sistema que sin embargo pasa por él” (Rozitchner, 2018). La respuesta para Rozitchner recae en entender esta situación y no ignorar como la subjetividad propia se encuentra construida a partir de la socialización (como también explica Freud) que le marca una serie de líneas de acción que no buscan sino reproducir el sistema capitalista. Entonces debe darse el lugar a lo sensible, recuperar ambas partes del sujeto y, así, reconectar con el proceso histórico; pero esto no se logra con la mera militancia de izquierda o la participación de un proyecto revolucionario, sino que debe realizarse mediante la duda radical por la conformación subjetiva de cada uno, descubrir los lugares donde el capitalismo busca esconder su presencia y sacarlos a la luz para pensar la revolución en sus propios términos, y no con los del enemigo.

Si habitar el espacio-tiempo histórico implica la convivencia con la corporeidad vivida con otros, se debe entender al sujeto como fondo implícito, donde este espacio-tiempo se apoya. Le revolucionarie no puede mantener su ignorancia respecto del punto de partida con el que mira al mundo, debe rechazar la conciencia pura que se le presenta libre de contradicciones y poner su cuerpo, su principal índice de verdad que el capitalismo busca desestructurar de su racionalidad, impidiéndole la aproximación a los fenómenos que suceden en su vida. La unión de lo racional y lo sensible es la solución que Rozitchner presenta para realizar ese tránsito de la forma de pensar burguesa y abstracta hacia una mirada revolucionaria que entiende al ser humano como uno, con su cuerpo, su racionalidad, sus vínculos y no como fragmentos de todo esto unidos en teoría pero nunca actuando en consecuencia, saliendo de los caminos ya marcados por el sentido común y el instinto social que son, en definitiva, el sentido común y el instinto social de la burguesía, que temen destruir los límites del sistema. Esto también es algo que se puede ver en su texto *Filosofía y terror* (2015), pero en discusión principalmente con la forma que toma el pensar en el ámbito de la filosofía. Esta también plantea un pasaje de la representación al concepto, donde las apariencias ideológicas (la cámara oscura de Marx) dejan paso a la esencia de lo real, donde el filósofo armado en teoría tan solo con su razón se vuelve vehículo de la verdad que busca expresarse y materializarse. Pero, decepción, nos dice Rozitchner (2015):

“una distancia permanece, aquella que ningún salto teórico permite cubrir: la que liga la carne del hombre que piensa a las condiciones históricas de su realidad, esas que marcan con toda precisión los límites de su pensar, y cuyo contenido está ausente de su reflexión formal” (p. 176)

La “carne del hombre”, de le investigadore, es un elemento que se busca sepultar bajo el método. Se intenta reprimir la subjetividad inherente a la producción de cada persona, pensando que el pensar en sí nos permite ir más allá de estos límites subjetivos. La distancia

que puede verse como externa no es tal, sino elementos previamente internalizados y reprimidos en el ya mencionado proceso de socialización. Entonces partir ignorándolos o buscando reprimirlos del análisis es una trampa, es permitirles su influencia sumisamente puesto que mirar hacia el otro lado o suponer que la metodología rigurosa nos podrán elevar por sobre nuestro propio cuerpo subjetivado es tan ingenuo como peligroso.

Debe entonces aceptarse la contradicción que yace en cada investigador, su punto de partida al analizar se encuentra inevitablemente teñido de subjetividad y esta a su vez de sociedad. El intento por maquillar esta contradicción, estas tinturas que manchan nuestra racionalidad con su carne, su cuerpo, lleva a creer que el sujeto investigador se encuentra tanto dentro de la realidad (en tanto la analiza) como fuera de esta (en tanto no lo contamina). Contra esta solución que no resuelve nada, Rozitchner propone recuperar esta distancia entre sujeto investigador y el mundo, en el sentido de que la “realidad objetiva” se encuentra lejos, muy lejos, de nuestro alcance. La distancia entre la representación y el concepto, entre apariencia y esencia de lo real, es la misma que se aloja en el sujeto y el mundo; nuestras previas nociones producto del ingreso a una sociedad, que moldea nuestra subjetividad de una forma u otra es algo que, como Rozitchner le había señalado también a la izquierda, no deben ser ignorados o suponer que mediante la militancia o la racionalidad pueden sortearse y superarse ya que estos son elementos que, si bien aparecen en el discurso de la sociedad burguesa como divisibles y hasta ya divididos, se encuentran inevitablemente atados uno al otro. La forma de pensar que separa al sujeto de su razón, que cree poder conquistar sus subjetividades “no afecta al ser que dice pensar” (Rozitchner, 2015), es decir, palabras que no inciden en el sujeto y su subjetividad. Esta frase lleva a realizarse un par de preguntas con el texto: “¿Esto es lo que buscamos? ¿Nos interesa llegar a verdades que no afectan a los sujetos que la piensan? ¿Son estas verdades?”. Creo que Rozitchner las responde, tres “no”. Excluir al cuerpo del proceso por considerar residual su lógica esconde, para el autor, una determinación profunda que limita la posibilidad de “ir más allá”, el miedo de que si esto se intenta (este “ir más allá”, más allá de los límites del sistema dominante) esperan a la puerta el terror y la muerte. La verificación de la palabra, de la intención de verdad de esta debe someterse a estos límites reales, externos al campo del pensar (en el momento de esta producción, 1980, este límite eran los diversos gobiernos de facto en Latinoamérica) que buscan someter los cuerpos pensantes y mantener el *status quo*. Por eso Rozitchner considera tan importante, creo, romper con la idea de un pasaje sin fricción como el Edipo de la psicología tradicional, sin violencia. El cuerpo de le investigadore se pone en juego tanto como su racionalidad, pensar que ese aspecto que nos da la base a partir de la cual realizamos nuestro acercamiento al mundo es un punto irrelevante en el proceso del pensamiento lleva a invisibilizar el terror que se aplica sobre el pensamiento y los límites que se imponen para evitar los enunciados y las palabras que muestran las contradicciones y los

recovecos ocultos por el sentido común y los caminos trillados. Dar cuenta de esta situación crítica (Rozitchner habla de “guerra”) es pensar y vivir la verdad, es dar cuenta de lo que nos oprime desde afuera o adentro y llevarlo a la luz para poder verlo, debatirlo, combatirlo. Enunciar estas verdades, las únicas posibles ya que sin cuerpo las verdades son solo a medias, es enunciar las condiciones del enfrentamiento y salir de las modas y los límites del sistema represivo.

3. Y nosotros, ¿Qué hacemos con esto?

Me parecía importante dedicarle un espacio considerable al análisis que Rozitchner realiza, a cómo construye su teoría del sujeto y cómo lo saca a la cancha en sus debates. Principalmente, porque el objetivo de este escrito era justamente trabajar con la duda radical que plantea el filósofo argentino. En este caso el planteo como ya dije revuelve alrededor de la sensación por el lugar que uno tiene dentro del mundo académico, o el que se perfila a tener en el futuro. No puedo evitar sentir, con las lecturas de Rozitchner dando vueltas por mi cabeza, que en el ideal del sociólogo se encuentra una trampa. La trampa responde a la forma en que nos presentan el rol sociológico, es decir, se supone que debemos siempre (como incluso Rozitchner marca) ir “más allá” del sistema, construir el pensamiento que nos permita romper con las falsas conciencias y que libere a los oprimidos (por lo menos en la orientación progresista que suele tener FSOC).

Para este objetivo, ¿cómo se nos forma? Somos una máquina de replicar teoría en el formato parcial, o expertos reproductores del método científico sociológico sacado de los libros de texto que explican cómo debe ordenarse un marco teórico, de qué forma deben discutirse los antecedentes. Este proceso nos lleva a trabajar con limitaciones que en un principio parecen imperceptibles tal vez, pero que con el paso del tiempo se han ido revelando como más y más presentes y explícitas en la forma de aproximarse a los textos. El sistema universitario busca una uniformidad de conocimientos en tanto cada cátedra corrige su lectura propia respecto de los distintos temas. Esto por supuesto es inevitable, en el sentido de que cada docente parte con su propia subjetividad y dentro de una cátedra se espera una mirada medianamente homogeneizada respecto de los contenidos, y se supone que estas miradas están abiertas a la discusión como la que pueda darse entre miembros de la comunidad académica. Pero, decepción, podríamos decir les estudiantes. En la conciencia de los estudiantes se encuentra siempre la sensación de que la lectura propia no es algo bienvenido por los docentes, por lo menos en los parciales: “demostrar que leyeron el texto” se transforma siempre en “demostrar que leyeron el texto como nosotres, bajo nuestras reglas y límites”. Comparar las limitaciones impuestas por las cátedras con las que Rozitchner expresa en *Filosofía y terror* respecto de los gobiernos de facto es razonablemente hiperbólico, de más

está decir que el terror a la muerte no es algo equiparable al terror de recurrir a una materia. Pero aún así, por algo uno llega a sus últimas materias con la capacidad de realizar parciales de forma automática, usar una serie de conectores permitidos para encadenar las distintas ideas que los textos reflejan de lo que se dijo en clase, más allá de esto no hay una necesidad de innovar o construir una redacción que trate de plantearse los límites de las teorías trabajadas o cómo estas pueden repercutir en todos. Entender un autor significa poder describir su teoría, implica separarse de lo que uno siente respecto de estas lecturas que realiza para responder con la razón pura (la explicitada por el programa) las preguntas cuya respuesta se da por sabida.

Un poco por eso este escrito, en este momento, con este año a cuestas. Al momento de escribir esto cierro el año posiblemente más cansador en un sentido académico, y con el fin de la carrera a la vista que trae consigo los miedos del mundo laboral, de la burocracia de las becas y la inseguridad sobre la capacidad de uno para vivir de esto que ama y disfruta. Con las primeras presentaciones a jornadas llegó el problema de escribir algo para mí mismo (en un punto), y no para una serie de docentes cuyas opiniones sobre el tema conocía. Descubrí que en un sentido carecía de una forma propia de escribir, que mi investigación se transformaba en un largo parcial cuyos límites no me habían sido estipulados y las lecturas estaban abiertas. Y la libertad fue agotadora, pero también me permitió observar lo previo, lo que me era familiar y no pude verme ahí, nunca del todo. Siempre mi subjetividad tenía que dar paso a alguna que otra frase de tal o cual profesor de turno. Es la primera vez que hago uso de la primera persona para escribir algo dentro del marco universitario, y eso me parece un problema de enorme magnitud. Cómo puedo ser un sujeto que lee textos si todo parece ser construido por una tercera persona que no siente sino que solo observa, computa, reproduce. Todo sin conflicto, sin violencia.

Escribir esto me permite pelearme con esta instancia tan odiada del parcial. Porque las lecturas durante el año son motivo de goce, de exploración, cada clase parece abrir una nueva incógnita que uno marca sobre sí y que le acompaña luego, una vez salido del aula. Pero los parciales son cosa que olvido antes de terminarlos, porque allí no estoy yo, ni mis profesores, ni Marx, Weber, Durkheim, Parsons, Hobbes, Roszitchner, quien sea. En los parciales parece que solo habitan las reglamentaciones de los mismos, los contenedores donde vertemos (sin encastrar demasiado con nuestra cabeza) los contenidos que hasta recién llevábamos atados a nosotros como parte del proceso de pensar. Se convierten en objetos que toman el rol de los componentes de una máquina cuyo objetivo es demostrar que su arquitecte sabía combinarlos según los planos dados por los docentes.

Esto, creo, nos lleva paulatinamente a cada vez involucrarnos menos con los temas que estudiamos dentro de la carrera, buscando ya patrones de escritura antes que ideas para subrayar. El desgaste se siente más en que parece que el conocimiento adquirido no tendrá

su reconocimiento externo, ya que el otro miedo del mundo académico para un estudiante que busca investigar, el de no lograr alcanzar las metas impuestas dentro de este campo, también impulsa a pensar la vida sociológica como un proceso de constante presentación de papers a revistas o a congresos donde, hasta ahora, parece que el diálogo que se supone promueven es inexistente. Por un lado la escalada hacia una vida donde lo económico se encuentre estable parece casi imposible desde el lugar en el que me encuentro, pero por otro esa misma escalada aterra en su forma, es decir, no parece ser un proceso que implique compartir una investigación con la comunidad sociológica sino que resuena más a marcar tarjeta, a tildar una serie de pautas preestablecidas que deben realizarse para comenzar el ascenso.

En ninguno de estos lugares puedo ver que se dé lugar al sujeto. Nada de estas dinámicas que dominan la academia, desde lo formativo hasta lo estrictamente laboral, parecen dar espacio a que los investigadores exploren su subjetividad como fuente de verdad histórica, sino que se espera una referencia a las citas de autoridad o a otros sujetos que han tocado estos temas previamente. Si en las aulas se espera que el estudiante difiera su interpretación de los textos ante la de sus docentes, una vez fuera de la facultad se espera que replique este proceso pero con las personas que lideran su campo de investigación. No estamos diciendo acá que el proceso de pensar implica desvincularse completamente de todo lo antes escrito para producir nuevo conocimiento, pero creo que las formas en las que se espera que se exprese nos privan de la posibilidad de que lo subjetivo de cuenta de su existencia, se haga presente y tome el lugar que le corresponde dentro del proceso de la investigación.

Parece que el salto teórico permanece, que la intención de trabajar las problemáticas se realiza en términos desfavorables para producir verdades o cambios que valgan, que influyan en la vida de las personas y su sensibilidad. Lo etéreo e incorpóreo que se mencionó al principio vuelve aquí habiendo pasado por las lecturas previas de Rozitchner. El sujeto académico se encuentra separado de lo que lee, de lo que escribe, de lo que dice. La forma académica fagocita todo rastro de subjetividad que pudiéramos mantener al mostrarnos lo imposible que es moverse dentro de su campo sin hacerlo con sus reglas. Cuando en *Filosofía y terror* Rozitchner explica cómo la verificación de los enunciados surge desde afuera del sistema de pensamiento (por entidades materiales externas) recuerda que aunque la filosofía en general busca ocultar el proceso, la verdad no puede ser otra que la verdad propia. Y en este punto creo que la academia hoy genera las dudas que genera en una persona que quiere desempeñarse en ella porque no permite el contacto con la labor sociológica que por otro lado se pregona desde el ideal presente en sus integrantes.

Los profesores no dejan de recordar que la sociología va más allá del trabajo, que trasciende esto para intentar cambiar el mundo. Pero también nos piden que dejemos el cuerpo donde está. No pocas veces pude escuchar el “¿Me estás preguntando como sociólogo o así

nomás?": esa pregunta marca la disociación presente en la actividad. Como se estructura el sistema de becas, de puntajes, la forma de evaluar las producciones, todo esto nos impulsa a separar nuestro cuerpo, nuestra sensibilidad, de los materiales con los que trabajamos. Intentamos aproximarnos a la realidad siguiendo una serie de pasos y formas preestablecidas, porque los límites están puestos e incluso son explicitados: interlineado 1.5, abstract de hasta 300 palabras, citado APA, bibliografía pertinente (de los autores aprobados por la academia), un mínimo de presentaciones a congresos y jornadas, publicaciones, etc. Todo esto, y nada tiene que ver con lo escrito, todo es externo, lógicamente uno siente como su subjetividad no tiene lugar dentro de este mundo y debe dejarla de lado.

Tomarse como punto de partida, entonces es difícil dentro del mundo académico, si no imposible. El sistema construido alrededor de las formas parece constantemente recordar que el sujeto de la enunciación, el yo sociólogo que firma sus parciales, papers, libros, artículos debe necesariamente siempre salirse de sí para poder ingresar a este sistema. Y tal vez por esto es tan difícil sentirse a veces sociólogo en lo personal, porque uno sale formado por una serie de pautas que continuamente le han explicado y explicitado que diferir su opinión ante las autoridades del asunto (sean docentes u otros autores). Espero al enunciar esto lograr recomponer un poco de lo roturado de mi cuerpo sociológico, cada vez más separado con la pandemia y la noción de la distancia entre ese espectro idealizado del sociólogo y lo que soy en este momento. Espero que este atípico escrito de a entender cómo las lecturas de León influyeron en mi subjetividad a lo largo de esta cursada y que el ejercicio de escribir un parcial sobre esta incógnita me permita entender retrospectivamente mi paso por la carrera. Espero estar convirtiéndome en el combatiente que Rozitchner propone sea cada filósofo. Espero que mi verdad deje de serla para quienes vienen detrás de mí y que puedan sentir que su persona es parte de su sociología. Pero, decepción, también espero mi nota.

Bibliografía

- Rozitchner, León. "Contribución a una teoría del hombre" "Estructura del sentido: constitución y verificación" "El absoluto-relativo".
- Rozitchner, León. "Freud y el problema del poder. Cap. I". En Escritos psicoanalíticos. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Biblioteca Nacional, 2015. pp. 79-104.
- Rozitchner, León, "La negación de la conciencia pura en la filosofía de Marx", en Marx y la infancia. Buenos Aires. Biblioteca Nacional, 2015, pp. 99-137.
- Rozitchner, León, "La izquierda sin sujeto (La Rosa Blindada, 1966)", en Combatir para comprender: Las cuatro grandes polémicas: cristianismo, peronismo, Malvinas y violencia política. Buenos Aires. Editorial Octubre, 2018, pp. 130-167.

- Rozitchner, León, "Filosofía y terror", en Escritos Políticos. Buenos Aires. Biblioteca Nacional, 2015, pp. 175-184.